



Una mirada que hace la diferencia

En nuestro tiempo, diversas personas o grupos, proyectan sobre los jóvenes algunas miradas que crean distancias y generan una actitud de impotencia –con distintos grados de preocupación o de instrumentalización según diversos intereses- ante el “problema” de los jóvenes. Así, se proyectan sobre los jóvenes miradas de desconfianza y sospecha ante sus particularidades, miradas llenas de temor ante lo diferentes que pueden ser, miradas moralizantes que los condenan o desprecian, miradas indiferentes que los excluyen y los empujan cada vez más hacia las orillas de la sociedad, miradas ávidas que buscan manipularlos en función de determinados intereses (económicos, ideológicos, sexuales, militares, etc), miradas paternalistas que por considerarlos privados de sensatez les impiden desplegar lo que ellos son.

A partir de diversas experiencias particulares o situaciones locales podría ampliarse aún más esta lista de miradas que tienen en común la ausencia de reconocimiento del otro y la falta de respeto a su dignidad personal. Miradas que se traducen en estilos de relaciones y en prácticas sociales que no son sino la proyección de una voluntad de poder sobre los jóvenes. Hay una mirada que marca una diferencia fundamental y que está al origen de cuanto los cristianos podemos decir y hacer junto a los jóvenes: es Jesucristo que los mira con amor.

EL ENCUENTRO DE UN JOVEN RICO CON JESÚS

Este relato está presente en los tres evangelios sinópticos. Si analizamos los tres textos vemos que el contenido es el mismo en cuanto a la condición social del hombre, en la pregunta que le hace a Jesús, en la respuesta y la exigencia que Él le plantea y en la negativa a seguirlo. También encontramos pequeñas diferencias. Mateo nos dice que es un joven, un joven rico, Marcos nos relata que este joven “corrió a su encuentro, se arrodilló delante de él y le preguntó”, nos revela una actitud enérgica, dinámica, muy propia de los jóvenes.

El relato evangélico llamado del “joven rico” (Mc.10, 17-22 y par.) nos abre al horizonte de la persona de Jesús que en cada joven fija una mirada llena de amor, y que en una propuesta de vida “clara y explícita” hace un llamado a la libertad personal. La mirada de amor de Jesucristo es la fuente de todo cuanto como Iglesia queremos vivir en la “opción por los jóvenes”. Pero no sólo es el origen de tal opción, sino que es el contenido mismo de dicha opción eclesial; es Jesucristo que en su Iglesia sigue fijando su mirada de amor en cada joven, con una propuesta de vida que es un llamado al ejercicio de la libertad.

El Evangelio de Marcos nos da detalles emocionales muy humanos de Jesús. Nos cuenta que Jesús realiza dos miradas, una al joven y otra a los discípulos. La mirada que dirige al joven no es cualquier mirada, es una mirada llena de amor: “Jesús entendió que el joven buscaba sinceramente la verdad sobre la vida y sobre su camino personal en la vida”¹, el joven estaba tras la búsqueda de su vocación. Ante esta demanda, Jesús lo interroga sobre la principal vocación del ser humano: la vocación de amar, al señalarle los mandamientos que se refieren al prójimo. Como el joven afirma haber cumplido con los mandamientos desde muy pequeño, Jesús lo mira con amor y lo invita a un amor más grande, Jesús quiere proponerle un camino que trascienda el nivel mínimo de la ley, le pide entrar en una etapa más exigente: dejarlo todo para acceder a la categoría de discípulo por medio del seguimiento. Al joven le pareció que la

¹ Juan Pablo II, mensaje durante la vigilia de la X Jornada Mundial de la Juventud, Manila, 1995



propuesta que le hace Jesús es demasiado exigente, desiste y abandona esa búsqueda que inquieta su corazón sintiendo una gran frustración, “se marchó triste”.

Un servicio de evangelización en el mundo juvenil, con su respectiva propuesta de experiencia espiritual, supone acoger y cultivar en nosotros la mirada de Jesucristo a los jóvenes; supone un trabajo permanente de conversión personal y eclesial, de dirigir nuestra mirada a Jesucristo en el Evangelio y consentir a dejarnos transformar por la mirada del Buen Pastor que conoce a los suyos con amor, los busca y entrega su vida por ellos (Jn.10, 1-18).

LA MIRADA DE JESÚS EN MI VIDA

- ¿Cuántas veces sentí su mirada de aceptación a pesar de mis debilidades y mis defectos? ¿Cuántas veces me invitó a “no pecar más” y seguir mi camino, en vez de condenarme? (Jn 8, 3-11)
 - ¿Alguna vez descubrí una mirada que me “personalizaba” y “diferenciaba” entre todos los demás, llamándome por mi propio nombre, y que no era indiferente a mi individualidad a pesar de mi pequeñez?
 - ¿En qué momentos percibí una mirada que me estimulaba a crecer con libertad y que no “manipulaba” mi vida, sino que la plenificaba? ¿Descubro que Dios ha respetado mis propios tiempos, sin sobre exigirme ni subestimarme?
 - ¿Cuántas veces pude reencontrarme con la mirada paternal de Dios, a pesar de haberme alejado de él, y sentir que siempre me había estado esperando para festejar mi regreso y devolverme la dignidad de hijo? (Lc 15, 11-32)
 - Todas estas miradas, Dios las fue dirigiendo hacia nosotros a través de personas concretas, que se prestaron como instrumentos y acogieron su mirada para reflejarla sobre nosotros. Recordemos sus nombres y demos gracias al Señor por su vida.
- AHORA ANIMÉMONOS A MIRAR NUESTRA VIDA CON LOS OJOS DE JESÚS...**